

REGOYOS EN RENTERIA

Por V. COBREROS URANGA



El paisaje renteriano de principios de siglo—un ayer, que aún tiene testigos de vista—era muy distinto del que hoy contemplamos. «La pequeña Manchester» que Rentería comenzaba a ser—según expresión de un conspicuo «erribateko»—, más en potencia que en realidad todavía, por muchos «humos» de que se revistiera su talante, no había llegado ni en sueños a imaginarse lo que hoy es: una ciudad de casi 50.000 habitantes, cuando apenas si llegarían entonces a 6.000. Y, esto, siendo más numerosos los «baserritarrak», los del agro, que los «kalekuak».

Los del casco, se conocían y trataban todos, con el afecto que implica la entrañable convivencia de las largas horas del día vividas bajo el mismo techo. ¡Claro, menos los días de elecciones! en los que «beltzak eta txuriak», «abek eta aiek», ejercían el sacrosanto derecho a la «kasketa», esto es, al pataleo. Por aquellos tiempos, aún cantaba el sereno las horas: "¡«Ai» María purísima: «las ontze eo las dose» y lloviendo...!" Y, como todavía no había alumbrado eléctrico, los «paqueteros» de Lezo, para entrar el alijo en el pueblo, iban previamente apagando los faroles de petróleo, por las calles que habían de pasar—encantadora ingenuidad—, ¡para que no los vieran!

En aquel Rentería comenzaron a señalarse, por foráneos, aunque pronto se identificarían con Errenderi, las figuras de un Groll, de un Mayer, de un Kredel, de un Dicherhof, de un Relutschke..., y así hasta dos docenas: Peters, Laveran, Poirier, Chaudière, Chateigner, Krafft, Bruch, Schiefenbusch, Lamsfus, Bresanini, Nogués, Violeaud, Caubet, Saint Supery, Garrot, Vassart Dalemagne, Languer... y tantos otros ingenieros, químicos, técnicos y especialistas extranjeros de las diversas industrias que iban a marcar al pueblo con la impronta fabril, al cabo de los años.

No era raro ver a algunos de estos extranjeros, en sus horas de asueto, con los aparejos de pesca bajo el brazo, por las orillas del Oarso adelante, en busca de un ribazo propicio para echar el anzuelo al agua y filosofar, mientras algún despistado «arraitxo» picara en él. Porque se daba el caso, aunque cueste hoy creerlo, que en nuestro río se criaban peces: más allá de La Fandería, había truchas; más hacia la bahía pasaitarra, se cogían angulas. Tenían fama—merece recordarlo—, tanto como las que más, las de Lezo. Convengamos en que han cambiado muchas cosas en tres cuartos de siglo.

Uno de estos extranjeros—por tal que se le tenía—era español, pese a su tipo de fuera y sus trebejos, que no eran de pesca, aunque lo parecieran, sino de pintar: caballete, sillín, parasol y demás complicados adminicu-

los. Era Darío de Regoyos, vecinado en el piso tercero, del número (hoy) 15 de la calle Carretera, que por aquel entonces comenzó a denominarse de Viteri; casa en la que nació uno de sus hijos. Antes, viviendo en San Sebastián, había pintado codo a codo con Sorolla, por la playa y el puerto, y también, en Irún y sus alrededores, con Salís.

A Regoyos le gustaba el paisaje vasco; y, con singular delectación, los del estuario bidasotarra, con La Rhune por fondo, y el del Oarso, con Lezo y los Pasajes por remate. ¿Por qué, Darío de Regoyos, que había recorrido medio mundo pintando, echó el ancla frente a nuestro paisaje? Son aleccionadoras las razones que puedan satisfacer a esta pregunta, sobre todo, para aquellos a quienes les interese la pintura. Sin duda alguna, por las características intrínsecas, específicas de nuestro paisaje: el irisar de sus grises luminosos con tornasoles perlineos; si difíciles, primero, de ver en el modelo, no menos, después, de recrearlos en la paleta y trasladarlos al lienzo: agravado el problema, si cabe, por la constante movilidad de la luz, que obliga al pintor a una vertiginosa rapidez de ejecución, a una directa y exacta pincelada, a un dominio sin titubeo, en suma, absoluto.

La fina sensibilidad de Darío de Regoyos necesitaba de este acicate, para crecerse ante la dificultad, que ponía en juego su buida y certera visión para percatarse del matiz, en extremo delicado, de cada toque, diferente de los demás. Y ello, en instantes en que la fugacidad de la luz los va transmutando en otros distintos. Un concepto puramente pictórico de la pintura—y no es redundancia—el de Regoyos, desconocido hasta entonces—era el momento del impresionismo—y compartido por sus amigos Sorolla y Salís, cada uno dentro de sus peculiares e inalienables personalidades.

Rentería, entre otros muchos rincones paisajísticos, fue, en un momento dado, el catalizador de la pintura de Darío de Regoyos, al que se le ha considerado—y es verdad—como el precursor del paisaje vasco, aunque muchos pintores vascos le han vuelto la espalda.

Una tarde de verano, nos convencimos los arrapiezos del pueblo, que aquel señor «prantzés» que iba a pescar por los aledaños de La Fandería, no iba a pescar, sino a pintar. Y, por si hubiera dudas, nos inmortalizó bañándonos en Estitxo, a toda la cuadrilla. Cada vez que voy Bilbao y tengo tiempo, no dejo de visitar el Museo. Allí está el cuadro de Regoyos, refulgente de luz, como una gema. Me gusta asomarme a esa ventana, aparte de por saborear el goce estético del «momento», logrado por el maestro en el lienzo, porque me retrotrae setenta años renterianos.